

ROSAL MISIONERO



Carta nº 137

30 de junio 2021

¡Ave María purísima!

Queridos amigos del Rosal aquí les envío la carta del presente mes de las Memorias de Sor Lucía: Segunda parte su primera Comunión.

Segunda Parte:

Lucía y su primera Comunión.

“Mis hermanas quedaron trabajando esa noche para hacerme el vestido blanco y la guirnalda de flores. Yo, por la alegría, no podía dormir y no había manera de que pasasen las horas. Constantemente me levantaba para ir junto a ellas y preguntarles si aún no era de día, si me querían probar el vestido, la guirnalda, etc.

Amaneció, por fin, el día feliz; pero las nueve ¡cuánto tardaban!. Ya vestida con mi vestido blanco, mi hermana María me llevó a la cocina para que les pidiese perdón a mis padres, besarles las manos y pedirles la bendición. Terminada la ceremonia, mi madre me hizo las últimas recomendaciones. Me dijo lo que quería que yo pidiese a Nuestro Señor cuando lo tuviese en mi pecho y me despidió con estas palabras: – Sobre todo, pide a Nuestro Señor que te haga una santa; palabras que se me grabaron tan fuertemente en el corazón, que fueron las primeras que dije a Nuestro Señor después que lo recibí. Y aún hoy parece que oigo el eco de la voz de mi madre que me las repite.

Allá fui, camino de la iglesia, con mis hermanas; y para que no me manchase con el polvo del camino, mi hermano me subió sobre sus hombros. Cuando llegué a la iglesia, corrí hasta el altar de Nuestra Señora, para renovar mi súplica. Allí me quedé, contemplando la sonrisa del día anterior, hasta que mis hermanas me fueron a buscar, para colocarme en el lugar que me estaba destinado. Los niños eran muchos. Formaban, desde el fondo de la iglesia hasta la balaustrada, cuatro filas: dos de niños, y dos de niñas. Como yo era la más pequeña, me tocó junto a los ángeles, en la grada de la balaustrada.

Comenzó la Misa cantada, y a medida que se aproximaba el momento, mi corazón latía más deprisa esperando la visita del gran Dios que iba a descender del Cielo, para unirse a mi pobre alma. El señor Párroco bajó por entre las filas para distribuir el Pan de los Angeles. Tuve la suerte de ser la primera. Cuando el sacerdote bajaba las gradas del altar, el corazón parecía querer salirse del pecho. Pero después que puso sobre mis labios la Hostia Divina, sentí una serenidad y una paz inalterables; sentí que me envolvía una atmósfera tan sobrenatural, que la presencia de nuestro buen Dios se me hacía tan sensible como si lo viese y lo oyese con mis sentidos corporales. Entonces le dirigí mis súplicas:

– Señor, hazme una santa, guarda mi corazón siempre puro, para Ti solo.

Aquí me pareció que nuestro buen Dios me dijo, en el fondo de mi corazón, estas palabras:

– La gracia que hoy te ha sido concedida, permanecerá viva en tu alma, produciendo frutos de vida eterna.

¡Cómo me sentía transformada en Dios!

Cuando terminó la función religiosa era casi la una de la tarde, debido a que los sacerdotes de fuera habían tardado mucho en venir, y por causa del sermón y de la renovación de las promesas del bautismo... Mi madre vino a buscarme, afligida, creyéndome muerta de flaqueza. Pero yo me sentía tan saciada con el Pan de los Angeles, que me fue imposible, entonces, tomar alimento alguno. Desde entonces, perdí el gusto y atractivo que empezaba a sentir por las cosas del mundo; y solamente me sentía bien en algún lugar solitario, donde pudiese, a solas, recordar las delicias de mi Primera Comunión.

Maravillosa el alma angelical de Sor Lucía cuando era niña; esta vez me quedo con las palabras que dijo a Jesús cuando le recibió por primera vez en su alma –Señor, hazme una santa, guarda mi corazón siempre puro, para Ti solo; dice Jesús dejad que los niños vengan a mí no se lo impedáis.

¡Ánimo y Fuerza!

Con mi bendición.

P. Héctor Luna, IVE. Esclavo de María

<http://www.rosalmisionero.net/>

rosalmisionero@ive.org

<http://www.rosalmisionero.net/consagracion-a-cristo-por-maria/>